

Comandante Militar del Tercer Distrito del Estado de México, declaró calumniosamente, que el Emperador le había mandado ofrecer el comando de las tropas de México y Puebla.



El Emperador Maximiliano al recibir conocimiento de estos movimientos de concentración de las tropas, al momento de dar órdenes de que todo se tuviese dispuesto para la defensa.

A las 4 de la mañana del 3 de marzo, todo el ejército estaba formado en orden de batalla.

El centro de la línea estaba en el Cerro de las Campanas; la primera división de infantería por

MOVIMIENTOS DE CONCENTRACION DE LOS JUARISTAS. — PRIMITIVA POSICION DE LOS IMPERIALISTAS. — LOS PRIMEROS ENCUENTROS. — CAMBIOS DE SITIO EN AMBOS EJERCITOS.

El 3 de marzo, los exploradores del ejército llevaron la noticia de que el General Escobedo, al frente de 2800 soldados de infantería y 2000 de caballería, con 18 cañones, había avanzado hasta San Miguel Allende; y que las tropas enemigas empezaban a reconcentrarse, también, a retaguardia de la ciudad, apoderándose de las poblaciones de San Juan del Río y Santa Catarina.

Mientras tanto, se trabajaba sin descanso en la fabricación de municiones, las que, desgraciadamente, no podían producirse en abundancia. Gracias a la labor incansable del Director de la Artillería, Arellano, pudo disponerse diariamente de 8000 halas de fusil y de 60 guarniciones de caballo. Estas últimas eran indispensables a fin de aumentar la facilidad de maniobrar de la artillería de campaña.

En la noche del 5 de marzo se supo que el grueso de las tropas enemigas se había reconcentrado en los caminos de Celaya y San Miguel, colocando, a la vanguardia, a Aureliano Rivera con 300 soldados de caballería, en el camino de Chichimequillas.

CAPITULO I

El Emperador Maximiliano, al tener conocimiento de estos movimientos de concentración del enemigo, al siguiente día dió orden de que todo estuviese dispuesto para la defensa.

A las 4 de la mañana del 6 de marzo, todo el ejército estaba formado en orden de batalla.

El centro de la línea estaba en el Cerro de las Campanas; la primera división de infantería formaba el ala izquierda, la cual se apoyaba, por la derecha, en el Cerro, extendiéndose, por la izquierda, hasta la Garita de Celaya. El Cerro estaba defendido por un batallón de reserva y una batería. La segunda división de infantería se extendía desde la derecha del Cerro hasta la Iglesia de San Gregorio, situada en la loma del mismo nombre.

Toda la línea de defensa formaba un ángulo de 110°.

A las cinco de la mañana se formaron en la plaza principal los batallones de reserva; pero un poco más tarde fueron cambiados a la Alameda.

Parte de la división de caballería estaba formada en la Plaza de ejercicios militares, cerca de la Alameda, y la otra parte en la Garita de Celaya.

En la tarde se pudieron distinguir perfectamente las nubes de polvo que levantaban, con su marcha, las filas enemigas. Como a las cinco de la tarde, el enemigo se posesionó de la haciendas de Jacal, San Juanico y Santa María, situadas en la llanura que está enfrente de la ciudad.

El ejército imperialista permaneció en esta posición el 7 de marzo; solamente el ala derecha fué extendida hasta la colima de San Gregorio.

A las cuatro de la mañana, la Brigada de Reserva se colocó en los Corrales, a la izquierda de la

Garita de Celaya, y la división de caballería se retiró a la Casa Blanca.

El anciano General Calvo tomó el comando del Convento de La Cruz, defendido por cuatro cañones, las Compañías de San Juan del Río, de Huichapan, de Zapadores y la de Preferencia, formada esta última de 60 oficiales de depósito, con magníficas carabinas.

Finalmente, los habitantes de la ciudad capaces de manejar las armas, formaron un cuerpo de voluntarios, que se colocó en las barricadas; y los habitantes del barrio de San Sebastián también pidieron las armas, para luchar por la causa imperialista, lo que al punto se les concedió.

El Emperador pasó la noche en el Cerro de las Campanas, donde durmió a cielo descubierto, como el último de sus soldados, desdeñando la tienda de campaña.

Considerando la gran importancia que tenía el Cerro de las Campanas, y su posición favorable, el 8 de marzo fué reforzado con el Batallón de Celaya y cuatro cañones más, colocados detrás de una trinchera.

A las nueve de la mañana se aproximó a la línea de defensa una división de caballería enemiga, para reconocer el terreno; pero fué rechazada con una pérdida de 10 hombres.

Algunos desertores llevaron la noticia de que, a causa del mal tratamiento y de la mala alimentación, era muy grande el descontento en las filas enemigas. La mayor parte se componía de "forzados." Dijeron que el ejército juarista contaba 20,000 hombres y 40 cañones.

Durante el resto del día se construyó un puen-

te sobre el río, a la derecha del Cerro de las Campanas.

Hacia el atardecer se reconcentró el enemigo cerca de San Pablo, a un lado de la sierra de San Gregorio, es decir, al norte de la ciudad, por lo cual se colocó la Reserva detrás del Cerro de las Campanas.

El 9 de marzo el enemigo continuó sus movimientos del día anterior. La primera división de infantería imperialista abandonó su posición entre el Cerro de las Campanas y la Garita de Celaya, línea de defensa una división de caballería enemiga, cuyas intenciones, a juzgar por sus movimientos, podían fácilmente adivinarse. La caballería imperialista buscó contacto con el ala izquierda del ejército, apoyándose en el puente. En éste se construyeron nuevas defensas, fortificándose también las bocacalles que daban al río, y en los techos de las casas circunvecinas se levantaron barricadas.

Este mismo día fué colocada la Reserva en la Plaza Principal; a las once de la mañana la infantería ocupó de nuevo sus cuarteles, mientras que la caballería iba a colocarse en la calle principal del barrio de San Sebastián.

A las seis y media de la mañana avanzó la caballería enemiga hasta delante de San Pablo, siendo rechazada, después de perder uno de sus principales oficiales.

Durante el curso del día, el regimiento de caballería del Coronel Quiroga emprendió un ataque contra la hacienda de Jacal, de la cual desalojaron al enemigo, volviendo después a la Casa Blanca.

(Fin de las memorias del Teniente Coronel Becker. Los informes siguientes están tomados de las relaciones del Teniente-Coronel Pitner).

La mañana del 10 de Marzo empezó con un tiroteo de las avanzadas de ambos ejércitos.

El Coronel Quiroga avanzó por la llanura que está delante del Cerro, con 600 hombres de caballería, y después de una escaramuza, volvió con un botín de 200 reses.

Cincuenta soldados de infantería, que fueron a proveerse de forraje en dirección de la Cuesta China, fueron atacados repentinamente por unos 150 jinetes enemigos, quienes los obligaron a retirarse en dirección del Convento de la Cruz. Llegaron allí en la tarde, sin haber sufrido pérdidas.

Ese mismo día, el enemigo cortó el hermoso acueducto que se dirige del Convento de La Cruz a la Cuesta China, y está hecho sobre grandes arcos. Esta medida tenía por objeto dejar sin agua a la ciudad; pero como ésta cuenta con muchos pozos de agua dulce, dicha medida no sufrió efecto.

Durante la noche hubo refriegas entre las avanzadas de ambos lados.

A las once de la mañana del día 11 de marzo, el General Méndez, con el Regimiento de la Emperatriz, el Escuadrón de Húsares y una parte de los lanceros, avanzó en dirección de la Garita de San Miguel, a la derecha del Cerro de las Campanas; reconoció las posiciones enemigas y volvió a la ciudad, sin más pérdida que un herido.

Como a la una y media de la tarde, los Exploradores imperialistas avanzaron hacia uno de los cortijos colocados delante del ala izquierda, desalojando a las avanzadas enemigas que allí se habían hecho fuertes. Acudieron en socorro del enemigo unos 400 soldados de caballería; pero estaban al alcance de la artillería del Cerro y algunos disparos certeros bastaron para rechazarlos.

A las dos de la tarde avanzó el General Miramón, con 1500 hombres, hacia la Cañada que corta el flanco derecho de la Cuesta China, para efectuar un reconocimiento contra los guerrilleros Carbajal y Miranda, que parecían querer establecerse en ese lugar.

A las siete de la noche volvió Miramón, llevando 55 reses, 200 cabras y carneros, 2 caballos y maíz para unas 4000 tortillas, todo lo cual había abandonado el enemigo cuando él se aproximó.

Desde las cinco de la tarde se notó un movimiento retrógrado en las dos alas del ejército enemigo.

La caballería de la división Mejía hizo prisioneros a un capitán enemigo, que estaba herido; era ciudadano de los Estados Unidos y ya había caído anteriormente en poder de los imperialistas; pero había sido perdonado, como lo fué nuevamente, por el Emperador.

Hay que hacer notar aquí que es falsa en lo absoluto la opinión, generalmente extendida, de que tampoco los imperialistas perdonaban la vida a los prisioneros, de acuerdo con la máxima observada en todas las guerras civiles de México: "Como tú te portas conmigo, yo me porto contigo." El Emperador, cuya magnanimidad era bien conocida, había dado la orden terminante, desde que se puso al frente del ejército, de perdonar la vida a los prisioneros. Esto dió por resultado que, durante todo el sitio de Querétaro, no se verificó ni una sola ejecución; y no sólo, sino que dicha orden se cumplió hasta el grado de que se perdonaba la vida a prisioneros escapados que volvían a caer en poder de los imperialistas. Todos los oficiales y soldados que se hicieron prisioneros en Querétaro fueron tratados con la mayor

benignidad, lo que debo proclamar muy alto para mayor gloria de los defensores de la ciudad, tanto más, cuanto que los que de ellos cayeron en poder del enemigo, fueron tratados con crueldad.

La famosa ley del 3 de octubre de 1865 había sido derogada por el Emperador desde el 22 de octubre del siguiente año, cuando se encontraba en la hacienda de Soquiapan, al hacer su viaje a Orizaba. Esta ley había regido durante algo más de un año y había sido aplicada con bastante benignidad por los mexicanos, pero con la mayor severidad y barbarie por parte de los franceses—se recordará, a este respecto, las crueldades ejemplares del General Dupain—hasta el grado de exigir a Maximiliano que sancionara esta ley que había expedido Bazaine, con el pretexto de que, ya que Juárez había abandonado el país en septiembre de 1865, había que remediar la situación de una manera radical, imponiendo un castigo enérgico a las bandas armadas que se levantaban en distintos puntos del país.

Indudablemente que el Consejo de Ministros tuvo mayor responsabilidad que el Emperador en la promulgación de esta ley, tanto más, cuanto que ellos le aconsejaron que la dictara, declarándola de todo punto necesaria. Así quedó en opinión del Soberano, puesto que dicha ley existía ya bajo Juárez, y de hecho estaba dirigida solamente contra aquellas gentes que se levantaban en armas y mantenían la revolución, con el único objeto de disponer a su antojo de vidas y bienes de la gente pacífica, y, amparados por la bandera de la libertad, podían robar a su gusto y con la mayor tranquilidad.

El 12 de marzo avanzó la Brigada del General Severo del Castillo en dirección de San Miguel, para reconocer todos los movimientos de flanco que ha-

hía ejecutado el enemigo en los días anteriores, reconoció también la colina de Alvarado, de poca elevación, y situada en el flanco derecho de los imperialistas. En el mismo momento, el General Mejía avanzó por la llanura del Cerro, para proteger el avance de su compañero.

Después de un tiroteo de varias horas, terminó felizmente el reconocimiento y las tropas volvieron a su sitio primitivo. En ese momento fué herido el Coronel Villasana, del Batallón de Cazadores.

En la tarde se observaron gruesas columnas enemigas que avanzaban a retaguardia de los imperialistas, a lo largo de la Cuesta China, y pareció que iban a emprender un ataque por ese lado.

Hasta entonces no se había registrado ningún combate de importancia, parecía como si ambos combatientes se temieran; pero era evidente que los juaristas buscaban un combate formal, para apoderarse de mejores posiciones; los imperialistas, que las tenían muy buenas, se limitaban principalmente a seguir con toda atención los movimientos del enemigo, para poder adivinar sus intenciones e impedir las a toda costa.

El 13 de marzo el enemigo cambió completamente su posición: en el frente de los imperialistas dejó unos cuantos destacamentos, mientras que el grueso de sus fuerzas se extendió a la Garita de San Miguel hacia el poniente, a lo largo de toda la sierra de San Gregorio, hasta la Cuesta China, rodeando a la ciudad en forma de semicírculo. Desde el principio se había previsto que el enemigo había de tomar esta posición, altamente favorable para él, para poder amenazar a la plaza tanto de las alturas que no habían sido guarnecidas y desde las cuales podía dominarse muy bien, como de la llanura, que

ofrecía a algunos puntos de refugio, en los corrales esparcidos aquí y allá.

En vista de esto, el Emperador cambió su Cuartel General del Cerro de las Campanas al Convento de la Cruz.

Como consecuencia de los cambios de posición que habían efectuado las fuerzas republicanas, el puente fortificado que une la ciudad con los arrabales quedó en el centro del ejército imperialista, cuya ala izquierda se apoyaba en el Cerro de las Campanas, mientras que el ala derecha tenía su punto de apoyo en el Convento de la Cruz. El flanco de retaguardia lo cubría la división de caballería del General Mejía, entre la Alameda y la Casa Blanca.

En el centro mandaba el General Castillo, el ala izquierda la mandaba Miramón, el ala derecha el General Méndez y la Brigada de Reserva el General Márquez, a las órdenes inmediatas del Emperador.

Ese mismo día, una batería que se emplazó en la Cuesta China envió algunos disparos y granadas contra el Convento de la Cruz, seguramente con la intención de medir la distancia que lo separaba de él.

Como antes lo hice notar, la sólida construcción del Convento lo hacía adecuado para una resistencia vigorosa; pero tenía el inconveniente de exigir, para su defensa, una guarnición numerosa con relación a las fuerzas de que disponían los imperialistas.

Parece que por esta circunstancia se abandonó el Panteón situado frente a la parte poniente del Convento, obrando así contra la orden del Emperador. Esta omisión, como después se verá, tuvo consecuencias desfavorables para los imperialistas.

Los batallones 1º y 3º de la Brigada Méndez se destinaron para la defensa del Convento, mientras que la Compañía de Zapadores y 40 austriacos de la

Guardia Municipal de México, mandados por el Capitán Linger, ocuparon las azoteas de la iglesia, perfectamente parapetados. Después se colocó un cañón de montaña en la misma azotea, poniéndose también algunos cañones de calibre de ocho libras en los reductos construídos adelante de la iglesia.

IV. EL 14 DE MARZO — MISION DEL GENERAL MARQUEZ. — EL 24 DE MARZO.

El 13 de marzo y la noche siguiente pasaron bastante tranquilas. En la mañana del 14, emprendieron los juaristas un ataque enérgico, dirigido tenazmente contra las posiciones de los imperialistas, el cual terminó a las seis de la tarde, con la retirada general a sus posiciones.

Los informes oficiales dan a conocer esta primera batalla, como de importancia secundaria.

A las nueve y media de la mañana del 14 de marzo, las baterías enemigas de la Cuesta China dieron la señal de ataque, que emprendió su caballería, avanzando en gruesas columnas por el camino de Pueblo, hasta posesionarse de la hacienda de Jacal, situada cerca de la Garita del Pinto, al sudoeste de la ciudad.

La Garita del Pinto servía de Cuartel General a nuestra división de caballería.

La primera Brigada de caballería, a las órdenes inmediatas del General Mejía, sin pérdida de tiempo se lanzó contra el enemigo, deteniéndolo en su avance y obligándolo, en pocos momentos, a abandonar el terreno ganado. Este ataque fué brillantemente dirigido y condujo a nuestros jinetes hasta las posiciones enemigas, que se hallaban cerca de La Estancia.